

—Maese Repulgo,—dijo Martin Carrasco,—traiga vuesa merced un cántaro de vino de mi tierra, del que guardais en lo más hondo de la bodega, y ponedlo á mi cuenta, que estoy muy satisfecho de la estocada que he dado esta tarde y quiero celebrarla. Mientras bebemos,—añadió dirigiéndose á sus compañeros de mesa,—os contaré la historia, que bien merece ser oída.

Y viendo que todos le escuchaban con la mayor atencion, contó á su modo el episodio que en otra forma voy á mi vez á referir á los lectores.

Capituo XIII.

La torre de la Malmuerta.

(Episodio.)

Habia en Baeza por el año de 1457 un antiguo soldado, que habia pasado toda su vida en los campos de batalla, y habia medido muchas veces sus armas con los infieles.

Llamábase don Nuño de Haro.

Segundon de una de las más nobles casas de aquellos reinos, habia vivido con poca holgura; pero no habia necesitado los favores de la suertè, porque pasaba la mayor parte del tiempo en su tienda, y la renta del dote que le habia llevado su esposa bastaba á esta y á su hija doña Clara de Haro para atender á sus necesidades.

En tanto que el guerrero combatia á las órdenes de sus reyes á los mahometanos, doña Blanca su esposa, y su hija Clara, vivian en Baeza en el mayor

recogimiento y eran estimadas por todo el mundo por su piedad y veneradas por sus virtudes.

Dios no había querido colmar el deseo de Nuño, que no era otro que el de poder dar á su rey y señor, con un hijo, un nuevo brazo que pudiese blandir la lanza ó esgrimir el mandoble, cuando él, cediendo al cansancio de los años, fuese inútil para el servicio de su patria.

Pero conforme con su suerte, porque tenía en su esposa una angelical compañera y en su hija un tesoro de amor, era feliz cuando despues de algunos meses de ausencia volvía á su hogar y podía contar las hazañas que había visto, los hechos en que se había empeñado, á su querida Blanca que le escuchaba con entusiasmo, y á su adorada hija que le oía con admiración.

Trascurrió el tiempo; Nuño corrió muchas tierras, ganó mercedes, y aunque no viejo todavía, recibió en el combate una herida de tal consideración, que no tuvo más remedio que retirarse á Baeza y pasar allí una larga convalecencia.

El rey le señaló una pensión de cien doblas al año, pagadas de su peculio particular.

En medio del pesar que producía en Nuño, la necesidad á que se veía condenado á pasar en el ocio los días que sus compañeros de armas empleaban en reconquistar nuevos territorios para Castilla, sonreíale la idea de pasar dulces horas al lado de su hija, que se hallaba entónces en lo más hermoso de la primavera de su vida.

Clara acababa de cumplir veinte años, y su peregrina hermosura era la admiración de cuantos acertaban á verla.

Pero si los encantos de su rostro eran tan grandes, mucho mayores eran aún los encantos de su alma.

Modesta, sin ver más que con los ojos de su madre, compartiendo todo el amor de su corazón con ella y con la virgen, á quien pedía arrodillada todos los días al levantarse, todas las noches antes de reclinar su hermosa frente sobre el nevado lecho, que protegiese á su padre y le sacase ileso de los combates, en los que con tanto ardor se empeñaba por defender la Cruz, símbolo de la religión cristiana, contra la Media Luna; en los momentos en que llegó don Nuño á Baeza, sufría la tierna niña una de esas enfermedades que en la adolescencia de las mujeres son los síntomas más ciertos de que el amor ha enviado alguna de sus flechas á su corazón.

Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos apagados, y las líneas cárdenas que empezaban á surcar su mejilla, indicaban bien claramente que el dulce sueño de su inocencia le había dejado para entregarla en los brazos del sueño del amor.

Su madre doña Blanca había notado este cambio, y aunque había adivinado su causa, las apariencias no tardaron en desarmarla, porque por más que hizo, no pudo descubrir si llenaba el pensamiento de la jóven la imagen de algun doncel digno de su cariño.

Clara nunca salía de su casa, á no ser con su madre al templo, ni se asomaba siquiera á ver las flores de su jardín á través de las celosías que cubrían su ventana.

Nadie entraba en su casa mientras don Nuño estaba fuera.

Su madre se habia quedado muchas noches á su lado velando su sueño, y por más que habia prestado la mayor atención á los delirios de su insomnio, no habia oido pronunciar un solo nombre, ni proferir una sola frase que pudiera informarla de su estado.

Don Nuño la encontró de esta suerte á su llegada.

—Qué tiene nuestra hija?—preguntó con tristeza á doña Blanca.

—Lo ignoro,—dijo esta.

—Y sin embargo, una madre no debe ignorar nunca los secretos de su hija.

—No creo que sea un secreto la causa de su malestar, porque ya lo habria adivinado mi cariño. Tal vez lo que padece es una enfermedad, que se ha apoderado de su cuerpo, y convendría buscar un médico judío de los más sábios para que la observase y la curara.

—O mucho me engaña mi experiencia, ó el mal que siente no lo curan los médicos.

—¿Creeis, por ventura, que es amor?

—¿Vos lo dudais?

—¡Oh! Sí; estoy segura de que todavía no se ha despertado al amor el corazón de nuestra hija.

—Observadla más de cerca, y acaso no tardareis en convenceros de que no me he engañado.

En efecto, sus sospechas eran ciertas.

Uno ó dos meses antes de su llegada á Baeza, habian pasado por la ciudad, y se habian detenido en ella, unos cuantos cazadores que desde Córdoba habian ido á pasar unos dias en las sierras, empleando los ócios en que les dejaba el ejercicio de las armas, en combatir con las fieras, despues de haber logrado derrotar á los hombres.

Emparentados algunos de ellos con las más nobles familias de la ciudad, fué ocasion su llegada de grandes fiestas, y entre otras, organizaron una justa; á la que asistieron las familias más principales de Baeza.

Doña Blanca y su hija no pudieron excusarse, y allí fueron tambien.

Entre los nobles paladines habia uno de bizarra apostura, de negros y brillantes ojos, de luenga y rizada cabellera, y tan diestro en el manejo de la lanza, tan arriesgado en el embestir, tan fuerte en el contener, que no tardó en conquistar la admiracion de cuantos asistian á la fiesta, los cuales alabaron grandemente su destreza y su bravura.

Era don Iñigo Enriquez de Córdoba, hijo de una de las más nobles familias de Sevilla, que habia logrado distinguirse por su valor en la guerra y por su gentileza en la córte.

Todo en él revelaba la impetuosidad de su carácter.

Su corazón era vehemente en extremo.

El triunfo fué para él, que quedó vencedor en la justa.

Ninguno de los circunstantes podía suponer que había reparado en la hermosa Clara, cuando se acercó á ella, é inclinándose, la ofreció sus troféos.

Los ojos de la jóven adivinaron en los de Nuño todo el amor que había en su alma, y desde aquel momento perdió para siempre el reposo.

En aquella primera mirada le había robado el valiente campeón toda su alma.

A Iñigo le había sucedido otro tanto.

Los nobles paladines se alejaron, y no se volvió á hablar en la ciudad más que como un recuerdo de aquella brillante fiesta á que habían asistido.

¿Volvió Iñigo á Baeza?

Esto no lo sabía nadie más que Clara.

El corazón de una mujer enamorada no se engaña nunca.

Aquella misma noche, no pudiendo conciliar el sueño, dejó el lecho nupcial, y asomándose á la ventana de su estancia, que daba á un anchuroso prado, se puso á contemplar el cielo.

No había trascurrido una hora, cuando llegó á sus oídos el ruido de los ligeros pasos de un caballo.

El ruido fué haciéndose más perceptible á medida que avanzaba el tiempo.

Poco después pudo descubrir en medio de las brumas de la noche un ginete de noble ademán, que al llegar cerca de su ventana detuvo el paso de su ala-

zan brioso, se apeó de él, ató las riendas á un árbol, y acercándose á la ventana donde estaba la jóven:

—¿Sois vos, Clara?

Clara no se atrevió á responder.

—¿No me reconocéis?

Desde el principio le había reconocido, porque ni su figura ni su voz habían podido borrarse de su imaginación y de su alma.

A pesar del temor que le causaba aquella entrevista inesperada á las altas horas de la noche, y pudiendo ser sorprendida por su madre, una fuerza superior la impulsó á pronunciar una afirmación, que animó al caballero á decirla:

—He querido partir y olvidaros, pero me es imposible; teneis algo que me atrae hácia vos, bajo la influencia de vuestros encantos llenais de amor mi alma, y he vuelto decidido á arrostrar todas las dificultades y á vencerlas para acercarme á vos, y deciros que Iñigo Enriquez de Córdoba no puede vivir sin vuestro amor, y está resuelto á pedir vuestra mano á vuestros padres, si le otorgais esta merced.

Aquellas palabras eran las mismas que había creído Clara oír de sus labios desde el momento en que había sentido el fuego abrasador de su mirada.

¿Qué respondeis á mis ruegos, alma mía? ¿Queréis que venga mi noble padre á pedir á los vuestros lo que más ansío, vuestra mano?

—Sí,—dijo Clara, venciendo su natural timidez.

—Pues bien: me dais la vida, y yo os ofrezco consagrarla á vuestra felicidad. Dentro de pocos días